

# El amor no es universal: soltería trans

## Love is not universal: trans-single

### ISIDORA MORONG CORTÉS

Socióloga. Universidad Diego Portales.  
[isidora.morong@mail.udp.cl](mailto:isidora.morong@mail.udp.cl)

### DIEGO SAAVEDRA LOVERA

Sociólogo. Universidad Diego Portales.  
[diego.saavedral@mail.udp.cl](mailto:diego.saavedral@mail.udp.cl)

Recibido el 17 de noviembre de 2017.

Aceptado el 4 de enero de 2017.

### Cómo citar este artículo

Morong Cortés, I. & Saavedra Lovera, D. (2018). El amor no es universal: soltería trans. *Revista Némesis*, 14, 112-132.

### Resumen

El amor y las relaciones de pareja en siglo XXI se han visto permeadas por las transformaciones contemporáneas: el individualismo, la lógica de mercado y el feminismo, entre muchas otras. Con base en lo anterior, en este ensayo se busca mostrar el tipo de experiencias –o no experiencias– a las cuales se someten las personas trans en términos amorosos. Se enfatizará especialmente en la realidad de las trans femeninas dentro de un mercado amoroso regido por la heteronormatividad, donde los actores sociales circulan en un mercado en el que la competencia se da en condiciones de desigualdad. Para la construcción del ensayo se utilizaron diversas fuentes primarias y secundarias, literarias y no literarias. Entre las fuentes primarias destaca la realización de entrevistas semi estructuradas a trans femeninas y trans masculinos. El ensayo describe cómo las personas trans viven y explican su soltería, ahondando en las causas sociales que actualmente subyacen a ella y propone que la identidad de las trans femeninas no está considerada dentro del imaginario del amor romántico, por lo que sus experiencias respecto a este tipo de amor son reducidas y/o negadas.

**Palabras clave:** soltería, amor, modernidad, trans, trans femeninas, mercado amoroso.

**Abstract**

Love and relationships in the 21st century have been influenced by modernity and what this entails: individualism, market logic, feminism, among many others. Based on this, we want to show the type of experiences –or non-experiences– that trans people are subjected in terms of love. It will be specially emphasized the reality of female trans within a *loving market* governed by heteronormativity, where social actors circulate in a market in which they compete in unequal conditions. For this essay, several primary and secondary sources, as well as literary and non-literary sources, were used. Among the primary sources, semi-structured interviews to female and male trans are highlighted. This work describes how trans people live and explain their singleness, delving into the social causes of it, and proposes that trans female identity is not considered within the romantic love imaginary, thus their experiences relative to this love type are reduced and/or denied.

**Keywords:** singleness, love, modernity, trans, trans woman, loving market.

## I. Introducción

La importancia que adquiere la independencia en las sociedades neoliberales, ha permitido la emergencia de la soltería como una nueva opción de vida, y la posibilidad de reivindicarla como tal. Las transformaciones de los estilos de vida y los cambios producidos en la realidad material, propios de la modernidad, han modificado la forma en que la soltería es percibida, al mismo tiempo que han cambiado la manera en que se significa y justifica la propia biografía.

Actualmente, adquieren fuerza modos de vida marcadamente individualistas en desmedro de la construcción de identidades colectivas. Esto incide directamente en la forma en que los sujetos se enfrentan consigo mismos y en cómo abordan las cuestiones relativas a su emocionalidad. De esta forma, es posible apreciar una estrecha relación entre la estructura social y la manera en cómo habitamos nuestra subjetividad, así como los dilemas relacionados con el amor de pareja (Olea & Saavedra, 2016).

Por otro lado, la construcción de estilos de vida, se encuentra siempre mediada por condiciones de opresión y desigualdad. No es indiferente la posición que ocupen los individuos en una estructura social determinada y en una realidad histórico cultural específica. Siguiendo esta línea, es posible pensar que la soltería no es vivida de igual manera en la sociedad, y a partir de ello, vale la pena preguntar: ¿qué pasa con las identidades disidentes como la trans?, ¿se puede explicar la soltería trans solo a partir de los ideales que operan en la modernidad y que han sido utilizados para comprender las transformaciones en las relaciones heterosexuales?

En el presente ensayo se ahondará en las causas sociales de la soltería de las personas trans, entendiendo como “trans” o transgéneros/as a todas aquellas personas cuya identidad y/o expresión de género no concuerdan con las normas y las expectativas de comportamiento que culturalmente se han asociado al sexo con el que nacieron (Casanova, 2016), siendo estos conceptos paraguas que consideran a todas las personas que no presentan una correspondencia entre sexo y género (Missés & Coll-Planas, 2010).

De esta forma, la población estudiada<sup>1</sup> fue dividida en trans femeninas y trans masculinos, donde la categoría de trans femenina contempla a todas aquellas

---

<sup>1</sup>**Nota del editor:** Esta publicación corresponde a una adaptación de la investigación “El amor no es universal: soltería trans” realizada por los mismos autores. Debido a que el género escogido para su publicación en este número es el ensayo, no se profundizará en las decisiones metodológicas de esta. No obstante, baste señalar que se realizaron 5 entrevistas semi-estructuradas y la muestra estuvo constituida por 5 personas trans: 3 trans femeninas y 2 trans masculinos. La decisión de considerar a trans masculinos radica en que permite contrastar la situación desventajosa respecto al amor romántico en que se encuentran las trans femeninas. Adicionalmente, se entrevistó a una persona que se define con una identidad andrógina, en este caso, un hombre andrógino femenino que se dedica al transformismo. Lo anterior, con el objetivo de profundizar respecto al lugar al que es relegada la feminidad en la sociedad. Finalmente, las entrevistas fueron realizadas entre enero de 2017 y febrero de 2018 y los nombres de l-s entrevistad-s fueron modificados con la finalidad de proteger su identidad.

personas que hacen el tránsito desde una identidad masculina, asignada al nacer, a una identidad femenina. Mientras que los trans masculinos serán todas aquellas personas que transitan desde la identidad femenina, asignada al nacer, a la identidad masculina que los representa. Asimismo, se revisaron fuentes secundarias literarias y no literarias con la finalidad de comprender mejor el fenómeno.

## II. Desarrollo

### Antecedentes

No podemos problematizar el imaginario del amor de pareja en la población trans sin contextualizar la situación nacional en la cual se desenvuelven. Y es que durante el año 2016 hubo 332 denuncias por discriminación basadas en la orientación sexual y la identidad de género, siendo la cifra más alta desde el 2002, año en que el MOVILH (Movimiento de Integración y Liberación Homosexual) inició el registro de los crímenes y abusos dirigidos a las minorías sexuales (MOVILH, 2016).

Según el mismo informe, los casos de violencia aumentaron un 28.6% respecto al año previo, existiendo un incremento en 6 de las 11 categorías de discriminación examinadas en dicho documento. A su vez, la discriminación institucional creció en un 139% respecto al año anterior, debido a la oposición de autoridades conservadoras en contra del avance de los derechos de las personas trans en materia legal.

El mismo reporte señala que en el año 2016 aumentó el número de asesinatos homo/transfóbicos en un 33% respecto al año anterior, constatándose cuatro homicidios. En cuanto a la discriminación en el ejercicio de derechos o en el acceso a productos y servicios públicos o privados, no se registraron diferencias cuantitativas en relación al año 2015, sumando un total de 19 casos. Por su parte, la discriminación laboral aumentó en un 100% y la comunitaria (ejercida por familia, vecinos y amigos) en un 80.6% (MOVILH, 2016). Asimismo, las declaraciones homofóbicas y transfóbicas crecieron un 11.6% respecto al 2015, principalmente por el rechazo de los sectores conservadores del país respecto al acuerdo por la igualdad –firmado por el Estado y los movimientos LGBT.

Por último, la homo/transfobia disminuyó en la cultura, los medios y el espectáculo en un 50%, respecto al año 2015, seguido por la discriminación educacional que disminuyó un 27.7%, y las movilizaciones o campañas de odio que disminuyeron en un 22.9%. Si nos remitimos a las agresiones físicas o verbales llevadas a cabo por civiles, estas disminuyeron en un 11.1% respecto al año anterior, pero mantuvieron su nivel de crueldad, dejando en numerosas ocasiones con importantes secuelas a las víctimas (MOVILH, 2016).

En relación con lo anterior, el Grupo de Apoyo A Hombres Trans (GAHT) realizó un estudio con 25 hombres trans el año 2009. Allí se evidenció que, en alguna etapa de sus vidas, un 84% de las personas encuestadas sufrió algún tipo de violencia generada por ser transgénero, y un 20% fue agredido por algún familiar en su propia casa (Berredo, 2011). Por otra parte, el Informe Anual sobre Derechos Humanos en

Chile de la Universidad Diego Portales (CDH UDP, 2015), señala que entre el año 2014 y 2015 existieron diversos casos en los que personas lesbianas, gais, bisexuales y transgénero (LGBT) sufrieron ataques físicos, algunos de los cuales terminaron en crímenes de odio.

De esta forma, en este ensayo se postula que, además de las desventajas y discriminaciones a las que la población trans se ve expuesta a nivel social, existirá también una desigualdad en términos emocionales, específicamente, en el mercado amoroso. Lo anterior, se ve intensificado en el caso de las trans femeninas, debido a que se les niega amar o, como veremos, el hecho de amar se da con mayor dificultad que en el resto de la población.

Cabe aclarar que, en este ensayo se entenderá por “mercado amoroso” la relación que establece Eva Illouz (2012) entre “el amor” y los trabajos de Marx respecto a “la mercancía”. Es decir, una relación que entiende que el amor es producido y configurado por determinadas relaciones sociales. Allí los individuos circulan en un mercado, en el que se compete en condiciones de desigualdad, debido a que algunas personas cuentan con mayor capacidad que otras para definir los términos en que serán amadas (Illouz, 2012).

En este sentido, con la finalidad de observar cómo se dificulta el acceso al amor romántico para las personas trans, éste será comprendido a la luz de la estructura social predominante en cada período histórico y de la moral que se configura en él. (Illouz, 2012). Lo anterior, considerando que lo referente a lo emocional no puede ser aislado de lo moral, puesto que la vida emocional se encuentra estructurada por la moral. En consecuencia, en dicha esfera se oculta también una dimensión pública (Illouz, 2012).

El desarrollo del amor en la modernidad se caracterizaría por el enfriamiento de lo emocional y del romance, lo que con frecuencia conlleva a que la pasión se torne absurda para las personas (Illouz, 2012). Para Giddens (1992) el amor romántico en la modernidad es descrito a través del concepto “amor confluyente” o “relación pura”, entendido como:

“Cuando dos personas (...) se acercan y unen por iniciativa propia, y sólo sostienen esa relación en el tiempo de manera voluntaria, en la medida que ambas mantienen su interés y satisfacción no sólo afectiva sino también sexual, ahí hablamos de amor confluyente” (p. 39).

En consecuencia, las relaciones amorosas se orientarían hacia un proceso de evaluación permanente. La premisa del respeto a la individualidad y a los intereses personales llevaría a que las personas estén cada vez menos dispuestas a cambiar por los demás, lo que algunos consideran “el abandono de sí mismo/a”.

Lo anterior, se desarrolla en un contexto en el cual comienzan a operar nuevos principios como el de “horizontalidad” (cuya emergencia ha estado mediada por los movimientos feministas, como veremos más adelante), donde estar en pareja significa estar en “una misma frecuencia”, apuntar a los mismos intereses y estilos

de vida. No coincidir en ellos, puede tornarse en una compleja crisis de pareja que cuestionaría la perdurabilidad de las relaciones.

A modo de ejemplo, es justamente el choque de intereses lo que genera un conflicto en la siguiente relación de pareja heterosexual:

“- Andrés, estamos de luna de miel; este no es un paseo de curso, ni nuestro último viaje a Europa. Por favor, tratemos de pasarlo bien y no saturarnos de iglesias.  
- No te entiendo realmente –Andrés pestañeaba, con la servilleta aún entre sus manos–, estamos en Florencia y piensas que recorrerla con interés es incompatible con la posibilidad de pasarlo bien” (Simonetti, 2005 p. 17).

Las diferentes concepciones de esta pareja, respecto a cómo disfrutar la luna de miel, conlleva a que –a lo largo del relato– incluso se cuestionen por qué están juntos, lo que provoca conflictos internos en ambos. Estas concepciones también se hacen presentes en el ideal de amor que tiene la siguiente trans femenina:

“Hablar de amor también es un tabú porque no queremos que la otra persona nos crea personas dependientes por hablar de amor muy rápido, y eso genera dinámicas en donde no se discute qué es el amor (...). Como creemos que el amor es un juego de poder donde gana el que le haga más daño al otro, nos sentimos en un concurso donde el que se siente vulnerable pierde (...). Pactar el amor evita que haya diferencia de expectativas en las relaciones y nos protege. Negociar el amor nos hace libres porque podemos amar, junto con las otras personas, como nos da la gana. Cuando el amor se construye de forma consensual, no dejamos que nos impongan ideas sobre éste y tenemos en cuenta lo que queremos para nuestras vidas” (González, 2017 párrafo 8).

En la cita anterior se evidencia la concepción de “el que se enamora pierde” den tanto que el enamoramiento refleja allí un signo de debilidad o dependencia. Además, nos acerca a una experiencia de vulnerabilidad de la cual se trata de escapar; la que implicaría una deficiencia del yo en un contexto donde se apunta a tener el control de sí mismo, como se verá a continuación.

### **El amor como un producto de consumo**

Los lazos afectivos se han ido flexibilizando y aflojando para amoldarse a las nuevas expectativas de los individuos y, también, a la búsqueda de satisfacción de las necesidades del ego, en la época de consumo. Esta última, se caracteriza por una mercantilización de necesidades, en este caso, de las necesidades amorosas. Tal mercantilización consiste en ver al amor como un producto que se puede transar mediante un intercambio que tendría como finalidad el mutuo beneficio. De esta forma, las o los participantes obtienen satisfacción en el negocio amoroso. Ello se traduciría en una manera “fugaz” de experimentar las relaciones de pareja. Podemos encontrar ejemplos de este fenómeno en la literatura de Pedro Lemebel:

“En la mañana, el despertar solo y desmadejado sobre la cama revuelta me hizo pensar que todo había sido un sueño, pero encima del televisor encontré

el guante vacío de un condón y su carga láctea. Pude llorar, pero no lo hice. Otro amor perdido, me dije, mientras tomaba un vaso de agua para despejar el trasnoche. Otro amor perdido, me repetí tratando de recapturar su mirada amaranto estrellando la noche estival” (Lemebel, 2004 p. 27).

Para quien relata la historia, no se trata de la primera vez que pasa por la experiencia de un encuentro que no se extiende en el tiempo, lo que desemboca en melancolía. Además, leyendo al autor, se intuye que este se ve sometido a la soltería casi de una manera forzosa. Sus relaciones se remiten a tener parejas ocasionales, de corta convivencia, y proclive, únicamente, al encuentro sexual.

Si lo analizamos bajo la lógica mercantil de las relaciones amorosas, el trasfondo de la situación antes descrita mostraría cómo la sociedad de mercado degenera nuestros vínculos al reducir al otro (al prójimo o al amante) a una mera mercancía de la que se pueden desprender fácilmente. En este sentido, el otro(a) es percibido como una mercancía desechable una vez que cumple su función, lo que genera una dinámica en la que las personas satisfacen la inmediatez del deseo sexual y se retiran.

Así, se instala una lógica de costo-beneficio donde las relaciones duraderas no son rentables puesto que levantan la sospecha de dependencia (Bauman, 2005). Esto último, adquiere mayor relevancia si consideramos que la dependencia es percibida actualmente como patológica, debido a que se sobrepone un ideal del “yo” que busca prescindir del resto y ser autosuficiente en todo ámbito de cosas –incluyendo también lo emocional.

En esta línea, se podría aventurar que la consolidación de estos ideales ha ido de la mano con la amplia difusión de versiones populares de psicoterapia, como son los libros de autoayuda. Textos que prometen el poder de la autoestima e instan a que las mujeres que aman demasiado, amen menos. Trabajos que han contribuido, junto con ciertas instituciones, a la masificación de concepciones mercantiles del amor.

El relato de Patricio (28 años), quien se identifica con una identidad andrógina –esto es, que experimenta lo masculino y lo femenino, aunque tendiente a lo femenino– es muestra de lo anterior:

“(…) yo vine solo a este mundo, nací solo y creo que me voy a morir solo y me voy a ir solo de este mundo. Lo que yo puedo hacer en el medio, puede llegar a...a hermandar lazos y puedo llegar a tener una gran experiencia y puede ser un gran aprendizaje y una sabiduría (...). Yo hoy estoy preparado a tener una vida sin pareja, a no respetar y tener que depender de esos cánones sociales preestablecidos con el sistema y esos mandatos que, no sé...para poder ser consecuentes en lo social”.

Las versiones populares de psicoterapia, especialmente en su versión de autoayuda, han instalado la autonomía en el centro mismo del “yo” y de las relaciones interpersonales. Lo anterior, en oposición a lo postulado por la teoría psicoanalítica para explicar el yo ideal, en la cual deberían existir condiciones para combinar la autonomía con el apego. Este cambio en el ideal del “yo”, por tanto, promueve a los

actores sociales, especialmente al público femenino, a generar un mayor amor propio; así como también, el “quererse” o “valorarse”, pasa a ser un problema que se tiene consigo mismo más que un problema de reconocimiento (Illouz, 2010).

Así es el caso de una de las trans femeninas entrevistadas, Daniela (24 años), quien nos comenta:

“Pasé mucho tiempo buscando el amor en mí y me castigaba o me sentía culpable cuando me surgía el deseo de tener pareja, debido a que el discurso de hoy te dice que no necesitamos a nadie, que todo el amor que buscamos se encuentra dentro de nosotros. Pero finalmente entendí que somos seres de falta, y que obviamente las relaciones con los demás, o la ausencia de ellas, nos van a mover porque somos seres sociales”.

La predominancia de la independencia en la actualidad también se refleja en el siguiente relato, donde un hombre le cuenta a un amigo, a través de un correo electrónico, el tipo de relación (homosexual) que mantenía con su pareja:

“Tus mails retomaron su frecuencia diaria y su vivacidad, y las descripciones que hacías de tu convivencia con él me trajeron cierta calma. Cada uno permaneció en su casa, pasaban los fines de semana juntos y la cláusula principal era no invadir la intimidad del otro, al punto que no había voto de fidelidad de por medio. De mis seis años en Estados Unidos guardaba una buena idea de ese tipo de relaciones y mi impresión era que constituían una fórmula para proyectar una aventura de una noche a una escala de seis meses a un año, sin complicar demasiado las cosas” (Simonetti, 2005 p. 136).

La máxima de no invadir la intimidad del otro, esconde el rechazo a comportarse como una persona dependiente y a formar relaciones con el mismo carácter. Lo anterior, se vuelve una razón para hacer perdurar un poco más las relaciones de pareja.

### **La reglamentación de lo sexual**

Jeffrey Weeks (1998) señala que la reglamentación social que ha existido en relación a la sexualidad es histórica. Este método de control de la vida sexual ha variado según las distintas épocas: ya sea por la importancia de la religión, la función variable del Estado, la existencia o no de un consenso moral que reglamente los esquemas del matrimonio, las tasas de divorcio y por la incidencia de la no ortodoxia sexual.

Dentro de los procesos nombrados anteriormente, uno de los cambios más importantes del último tiempo ha sido el alejamiento de la Iglesia sobre los cuestionamientos morales (en el caso de Chile, la separación entre Iglesia y Estado ocurrió en el año 1925), lo que dio lugar a un modo, al menos legalmente, de una organización social laica a través de la medicina, la educación, la psicología, el trabajo social y las prácticas de asistencia social.

A su vez, Weeks (1998) aborda las intervenciones políticas que se producen sobre la vida sexual, ya sea a través de métodos formales o informales. Para la autora, el equilibrio de las fuerzas políticas en un momento dado puede determinar el grado de control legislativo o la intervención moral en la vida sexual. Por tanto, agrega que actores o líderes sociales pueden ser fundamentales al momento de visibilizar una determinada situación, ya que su acción puede resultar clave para que se respete y aplique la legislación existente o para idear una nueva.

De esta manera, las agrupaciones que luchan por la diversidad sexual han generado modificaciones en las prácticas dentro del mercado amoroso, que van desde la legalización del matrimonio homosexual (en ciertos países) hasta la influencia de los medios tecnológicos dentro de las dinámicas amorosas. La búsqueda de pareja a través de aplicaciones o redes sociales, es un claro ejemplo de esta práctica que lleva mucho tiempo naturalizada en las relaciones homosexuales y que hoy en día se empieza a abrir paso en la población en general.

Al mismo tiempo, vemos cómo se produce esta especie de racionalización del proceso amoroso (Illouz, 2012), en el sentido que, a través de estos medios, las personas comienzan a desglosar a las potenciales parejas mediante métodos cognitivos: buscar pareja según edad, preferencias, apariencia física, entre otras categorías que reflejan la intelectualización del mercado amoroso. Por tanto, generan un cambio en la performance para encontrar pareja con el fin, aunque no todos/as, de terminar con su soltería.

De hecho, en la actualidad prevalece la concepción de que, para comenzar una relación amorosa, y para que ésta pueda perdurar, es menester conocer a la pareja: sus gustos, si tiene proyectos, valores y/o estilos de vida parecidos a uno/a, entre otros. En consecuencia, esta excesiva racionalización desplaza a la otrora idea del amor producida por un “flechazo” y basada en la ceguera de los sentimientos. Esta última, anteriormente dominante, concebía la elección de pareja como proceso irracional.

En el siguiente ejemplo, se aprecia tangencialmente la importancia que adquiere en estos tiempos, el conocimiento del objeto de deseo para iniciar una relación:

“¿Quién podría amar a un sidoso sin pena, con un amor que no esté pintado de compasión? Yo no te tengo compasión. Pero recién nos conocemos. ¿Y qué importa? Sólo tienes que amarme. Yo también soy una araña leprosa, le dije. Pero uno no puede enamorarse de pronto” (Lemebel, 2004 p. 88).

Aunque el protagonista cede ante la propuesta de amor de un desconocido que padece VIH, su primera reacción fue de incertidumbre, o al menos, refleja algo de resistencia, justamente por esta falta de conocimiento que se torna importante con la modernidad.

Boltanski y Thévenot (2006) hablan del “principio de equivalencia”, concepto acuñado para describir las nuevas formas de evaluar las relaciones amorosas que implican la distinción, agrupación y asignación de valor o jerarquía a los sujetos seleccionados como potenciales parejas. Así, las personas adoptarían

implícitamente tal principio al momento de buscar una pareja, desencadenando un proceso de racionalización en función de la aplicación de un ideal de horizontalidad en las relaciones.

### **Influencia del feminismo**

Si se trata de hablar de la influencia de los movimientos sociales y políticos dentro del mercado amoroso, no podemos dejar fuera los aportes del feminismo. En efecto, el feminismo de la segunda ola ha modificado profundamente nuestra concepción del amor como emoción, influyendo en la construcción de la subjetividad femenina y de las relaciones entre los sexos al problematizar las relaciones de poder y repensar los lazos sociales de forma diferente (Illouz, 2012).

Dicha tarea se lleva a cabo, principalmente, a través de los siguientes pasos: el primero, es hacer conscientes a hombres y mujeres de las normas que moldean el proceso de atracción sexual; proceso que naturaliza una rutina moldeada, que durante siglos ha sido de dominio patriarcal. Asimismo, el movimiento insta a que, fundamentalmente las mujeres, evalúen la manera en que aportan y contribuyen a una relación. Lo anterior, con el objetivo de que comparen la forma en que aportan respecto a la forma en que aporta su pareja y así, sea posible asegurar una mayor simetría de poder.

Además, se les otorga mayor importancia a los valores del ámbito profesional y de la organización política, que a los temas relacionados con lo emocional. En este sentido, se pone el ámbito en lo “profesional”, por sobre sus deseos íntimos como sujetos. Por último, lleva a “subsumir las relaciones eróticas bajo ciertas reglas neutrales de procedimiento en cuanto al discurso y la conducta, lo que vacía a dichas relaciones de su particularidad y su carácter concreto” (Illouz, 2012 p. 224).

En “Tengo miedo torero” (2001), Pedro Lemebel nos presenta a “la loca del frente”, un hombre que se enamora profundamente de Carlos, seudónimo de un joven de 22 años, miembro del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, quien participa en el atentado a Pinochet en 1986. Esto es lo único que “la loca” sabe de él, por lo mismo la relación entre ambos es bastante ambigua, siendo la loca una persona que permanentemente está en un segundo plano para Carlos. Por esta razón, sus amigas “colas” le advierten que no se enamore de Carlos pues ven que él no presenta mayor interés en ella, pese a que tuvieron un encuentro cercano.

En esta situación, el consejo de las amigas de la loca incita a que ésta no siga detrás de Carlos debido a que no se aplica el principio de equivalencia e igualdad en el tipo de relación que han entablado. Al no presentarse horizontalidad dentro de la relación de pareja, dicha relación pasa a ser cuestionada y descartada, en este caso por las amigas “colas”. Es así como la soltería se vuelve un estado más cercano o permanente para las personas porque hoy en día existen más y nuevas exigencias que complejizan el mantenimiento de una relación.

## **El amor en una sociedad heteronormada**

A lo largo del ensayo se han presentado ejemplos de personas con distintas identidades de género que van desde la heterosexual, homosexual hasta identidades trans, para manifestar que la condición moderna del amor se introduce en las distintas subjetividades abarcadas, lo cual no quiere decir que no existan matices entre ellas.

Es así como se puede observar que en los ambientes que relata Lemebel, y que han sido citados en esta ocasión, la soltería aparece como una condición y menos como una decisión, debido a que son ambientes inmersos en la pobreza, las injusticias y las desigualdades sociales. En ese contexto las identidades homosexuales más femeninas, que suelen ser identificadas como “locas”, se ven en mayor desventaja que otros tipos de homosexualidades que han ganado mayor legitimidad y visibilidad con el tiempo al adoptar prácticas convencionales como el constituir una familia o demostrar ser excelentes consumidores (Illouz en Amiguet, 2016).

De hecho, hay quienes postulan que en la medida que las identidades y corporalidades no hegemónicas se parezcan más al estilo de vida instalado por la matriz heterosexual, mayor será la aceptación social que recibirán. Esa matriz heterosexual se conoce como “heteronormatividad”, cuyo régimen normativo establece cuáles son las identidades de género inteligibles y correctas, y castiga a aquellas que no lo son.

Para este régimen solo existen dos identidades sexuales verdaderas: las categorías de hombre y mujer, que, a su vez, constituyen dos modelos morfológicos ideales que poseen una coherencia perfecta entre sexo biológico, género y deseo. Así, por ejemplo, un “hombre” vendría siendo aquel individuo que tiene órganos genitales definidos como masculinos, que sigue prácticas de género asociadas a la masculinidad y cuyo deseo es orientado a sujetos del sexo femenino (Gros, 2015).

Volviendo a la idea que, a través de la adopción de prácticas heteronormadas las identidades no hegemónicas son más digeribles para la sociedad, cabe mencionar a Silvestri (2013) quien señala:

“Los putos promiscuos y algunas tortas sadomaso lograron durante cierto tiempo, posiblemente hasta la década del noventa, y pese al VIH, evadirse del reparto de roles. Luego la pandemia del miedo de la inmunodepresión vino a normalizar y disciplinar a aquellas formas de vida amicales hasta volverlos – como hoy– heteronormales o desafectados. Como lo único inmutable es el cambio, esa situación también se modificó, seducidas por la posibilidad de pertenecer, al fin, aceptadxs como “normales” dentro de la lógica dicotómica y binaria de Occidente” (p. 28).

Como se observa, identidades que pueden tener un carácter subversivo como la de homosexuales y lesbianas –a las que refiere la cita anterior– terminan cediendo al control de los cuerpos tras el miedo instaurado por el surgimiento del virus del VIH. Esto los/as lleva a buscar el sentido de pertenencia mediante la adopción de estilos de vidas “heteronormales o desafectados”. Donde una de las formas que se abren

para “pertener”, sería la adopción del imaginario del amor romántico y la praxis que este conlleva, la que, según Carrascosa<sup>2</sup>, es heterosexual. Esto a partir del cuestionamiento sobre si la retórica del amor no es sino otro discurso y/o práctica proveniente del régimen heterosexual, y que ciertas identidades consideradas disidentes han adoptado debido a que “los bollos, las maricas e incluso los trans son mucho mejor digeridos y aceptados cuando tienen pareja (‘qué chicos más sanos, ya no son promiscuos’), y sobre todo, cuando proclaman ‘su amor’ (‘fíjate qué majos, se quieren; son como nosotros’)”<sup>3</sup>.

Por tanto, el autor considera que el amor es una construcción fundamentalmente heterosexual, un código que repetimos y asumimos de manera inconsciente mediante medios e instituciones como el cine, la televisión, la literatura, el discurso familiar, la escuela y la religión.

### **La negación del amor para las trans femeninas**

A pesar de lo desarrollado hasta el momento, resulta erróneo postular que cualquiera puede adscribirse a esa idea del amor romántico o de pareja, ya que ciertas identidades parecieran ser excluidas de esa construcción por más que deseen acceder a ella, o por lo menos se les dificulta su acceso. Este es el caso de las trans femeninas, ya que, como podremos apreciar en el relato de las entrevistadas y de citas a pasajes de trans, suele ser un espacio negado para ellas, o tienen que someterse a distintos costos para acceder a él meramente por el hecho de ser trans:

“Hemos naturalizado que para nosotras el amor, inevitablemente, implica hacernos un poquito de daño. No queremos que nuestras parejas se enfaden con nosotras por hablar de ellas. Nos da miedo no volver a ser amadas y no discutimos temas que puedan generar confrontaciones, tampoco hablamos con nadie de ellos porque no queremos sacarlos del closet. Nadie sabe quiénes son nuestras parejas (...). Pareciera que cuesta mucho decir que les gustan las vergas de sus novias, que sus novias son trans y que a ellos les gustan las trans” (González, 2017).

Es así como para acceder a un compromiso tienen que postergarse, conformarse con ocupar un segundo plano u ocultar su relación ante los demás, porque al parecer no son aptas para ser mostradas o presentadas.

Por otro lado, la trans femenina Liliana (27 años) señala<sup>4</sup>:

**L:** Nunca había estado saliendo con alguien propiamente tal, más bien siempre fui destinada al patio trasero de la vida de alguien (...) cualquier contacto era en secreto.

**E: Ya, ¿qué se produce en secreto? ¿la relación? ¿el contacto?**

**L:** Sí, el contacto.

---

<sup>2</sup> Las disidentes (12/08/2018). “El amor es Heterosexual” de Sejo Carracosa. Recuperado de: <https://lasdisidentes.com/2012/04/19/el-amor-es-heterosexual/>

<sup>3</sup> *Ibíd.*

<sup>4</sup> L: Inicial del nombre de la/el entrevistado; E: Entrevistador/a

**E: ¿Consideras que esta es una experiencia compartida de las trans femeninas o no?**

L: Por lo menos, de las que he conocido, sí.

**E: Y se oculta justamente por defender esta masculinidad, ¿no?, ¿seríamos seres para no mostrarnos? ¿para ocultarnos? Porque quién nos va a presentar a su familia, por ejemplo.**

L: Yo sostengo que sí. Que sí porque lo escuché, lo viví, me lo dijeron, escuché que se lo dijeron a otras. Entonces creo que por ahí no es un invento”.

Respecto al lugar de fetiche sexual en el que suelen ser ubicadas las trans femeninas, cabe mencionar a la trans Violeta Alegre (2017), quien describe lo siguiente:

“Con las trans no se pueden correr de la cosificación, del mercadeo. Podemos pensar que muchos varones "ahora se animan", y sí, se animan a ampliar sus universos sexuales, pero en muy raras excepciones el afectivo, en donde se sigue repitiendo el desprecio y seguimos sumando a la lista de degradación de la subjetividad”.

Liliana (27) también agrega:

“L: Muchas veces ciertos cuerpos los terminamos transformando en un fetiche en sí mismos y eso se perpetúa en este modelo de relación monógama.

**E: Ya, perfecto. La figura de lo trans ¿consideras que está propenso a ocupar ese lugar del fetiche sexual?**

L: Siempre y en todo.

**E: ¿La de la trans femenina o hablamos de trans masculino y femenina a la vez?**

Mmm, yo preferiría precisar que trans femenino”.

A muchas trans les cuesta salir de la cosificación y del consumo, donde ambos parecen estar estrechamente ligados ya que, muchas de ellas, ante la imposibilidad de encontrar un trabajo institucionalizado, no les queda más que recurrir al comercio sexual. Por tanto, sus cuerpos pasan a ser vistos como mercancías que están para la satisfacción sexual de los hombres que acuden a ellas en términos exclusivamente sexuales y nunca emocionales.

Sin ir más lejos, en el fragmento de una entrevista que se presenta a continuación, la activista transgénero argentina, ya fallecida, Lohana Berkins se queja del reduccionismo comercial que recae en las trans o travestis:

“Cuando la entrevistadora le preguntó: "¿qué querrías de la persona que te amara, y te acompañara en la vida?", Lohana respondió: "me hubiera gustado que alguien me amara, que nos amaran a las travestis por lo que somos, y no desde el consumo. Es un tema que nosotras no nos hacemos cargo de hablar y es un paso que le falta a esta sociedad" (Alegre, 2017).

En este sentido, es tanta la exclusión emocional a la cual se pueden ver sometidas las trans, que incluso uno de los trans masculinos entrevistados, Daniel (25), declara

conocer casos de trans femeninas que se prostituyen no por dinero, sino por compañía e incluso por amor:

“D: Es más complicado para las minas trans que para los trans masculinos (...) y hay muchas trans femeninas que también, como buscando amor y todo, también se prostituyen. Entonces ahí es donde los conceptos se mezclan.

**E: ¿Buscando amor, no plata?**

D: No, buscando amor (...) y como ya no tuvieron amor, buscan alguna forma de estar con alguien.

**E: Ya, de estar con alguien. Pero no que alguien se enamore de ellas, o si pasa, pasa. ¿O es ese su objetivo, de que uno de los clientes se enamore?**

D: Claro, es como buscar en sí una relación estable, que es cosa que ellas no han tenido antes.

**E: Y eso lo has escuchado en trans femeninas, en trans masculinos no.**

D: No, en trans masculinos no (...) pero como te digo, he visto casos de trans femeninas que han llegado a ese estado porque no se han sentido amadas, las han rechazado, entonces buscan una vía para estar con alguien, aunque sea sexualmente, ¿cachai?”

Esta es una realidad que los mismos trans masculinos entrevistados dicen no vivir, por lo que, a pesar de que siempre la condición de trans puede ser una barrera para concretar una relación de pareja o incluso un encuentro sexual, señalan que las trans femeninas están en mayor desventaja que ellos por distintas razones.

Dentro de esas razones encontramos que el tránsito de lo masculino a lo femenino se ve como una especie de “bajar de categoría” en términos sociales. Así lo relata Francisco (38):

“F: La trans femenina, como transita de lo masculino a lo femenino, para la gente baja de categoría, mientras que el trans masculino sube. La trans femenina siempre va a ser tomada como media tontona, la trans femenina, cognitivamente, siempre se va a esperar menos de ella. Cognitivamente se espera más del trans masculino; en las opiniones que tenga, cierto, siempre se va a esperar más del trans masculino. Es probable que todo el mundo se va a quedar callado cuando el trans masculino hable. Pero cuando hable una trans femenina, alguna se va a quedar callada por respeto y el resto se va a quedar cacareando.

**E: O sea, al ser trans femenina recaen los estigmas de las mujeres.**

F: Todos los estigmas de las mujeres y más (...) las mujeres trans tienen menos posibilidades de establecer una relación duradera y afectiva con un alguien. Están más disponibles también a que tengan violencia contra ellas y que muchas esa violencia incluso, en muchos casos, ellas las validen y las valoren. En el caso de los hombres trans también hay violencia, en el caso de los hombres trans con sus parejas mujeres; mucha violencia machista porque también eso te hace más hombre. Pero sí, como decía, tienen mayores posibilidades de establecer relaciones de pareja más duraderas y estables, según mi visión, porque fuimos criados como niñas, como princesas, con cuentos de hadas. Digamos que se estimuló más nuestra parte afectiva y emocional por tener vagina, ¿cierto?, y porque nos asignan un género

femenino, a diferencia de la trans femeninas que se les asignó un género masculino y no se le estimuló del punto de vista de las emociones”.

Otra de las razones que complejizarían el ámbito amoroso para las trans femeninas cuyo objeto de deseo son los hombres, recaería en la masculinidad. Según Francisco (38) las trans femeninas que se definen como lesbianas o que no tienen como objeto de deseo a las personas que entran en la categoría de hombres heterosexuales, no presentarían tantos problemas como las que sí:

No conozco ninguna trans femenina que se meta con hombres que tenga o haya tenido una pareja. Las únicas emparejadas, dentro de las que conozco, son las que se definen como lesbianas, manteniendo relaciones afectivas con mujeres u otras chicas trans.

Para Liliana (27), lo que cuenta Franco (38) se debería a que los hombres tienen que defender su masculinidad, mientras que las mujeres no tienen que hacerlo. Por tanto, eso explicaría que los trans masculinos o las trans femeninas que mantienen relaciones con mujeres no se verían reducidos/as únicamente al fetiche sexual, pudiendo entablar una relación más allá de lo sexual:

“Las mujeres no tienen que cuidar su masculinidad, los hombres sí. Eso es la fragilidad de la masculinidad, que se ve amenazada con el deseo o la conexión, de algún modo, hacia un cuerpo que le llaman trans femenino” (Testimonio de Liliana).

Ahora bien, ¿por qué el entablar una relación con una trans femenina tensionaría la masculinidad de los hombres? Según Daniela (24):

“Porque los hombres siguen viéndote como un hombre. Para muchos de ellos seguimos siendo hombres disfrazados de mujer, pero hombres, al fin y al cabo. No importa lo femenina que incluso puedas llegar a verte, al final del día te seguirán reduciendo a la categoría de hombre. Cuesta mucho sacarlos de esa división dicotómica del género”.

En la misma línea argumentativa, Liliana (27) dice:

**“E: En ese sentido, me pregunto, no sé si a ti en lo personal te han abordado tú, como trans, ¿hombres homosexuales y si ese abordaje ha sido distinto (a los heterosexuales) si has podido comparar?”**

L: Mmm, sí, me ha pasado. Claro, es que como fue hace años. Sí, no encontré mucha diferencia.

**E: Ya, perfecto. Podríamos decir que, desde tú experiencia, aquel que se definió como homosexual igual tenía este rollo de defender su masculinidad.**

L: Sí, sí. (...) Hay una serie de peligros para el heterosexual si se descubre que su masculinidad, y por lo tanto su heterosexualidad, y por lo tanto su superioridad, se ve en cuestión. Por ejemplo, que su grupo de amigos ya no se quiera juntar con él, que ya no sea el tipo que se engancha veinte minas porque resulta que estuvo con un hombre disfrazado. Entonces baja su

categoría, y bajar su categoría en un régimen heterosexual, en donde operan instituciones que reafirman esa heterosexualidad como por ejemplo las relaciones monógamas entre hombres y mujeres, puede llegar a ser nefasto.

**E: Lapidario.**

L: Sí, sí, te lo van a recordar siempre. O sea, yo conocí a un tipo, que era un vecino, y se involucró con una travesti hace, qué se yo, quince años. Y todavía se lo siguen recordando. El tipo ha estado con veinte mujeres, pero nadie se acuerda de las mujeres, solo se acuerdan que estuvo con una travesti y que eso, a ojos de las personas, claro po, lo vuelve en un homosexual y seguramente en un homosexual muy perverso porque estuvo con una travesti, porque aún se mantiene esa creencia judeocristiana de la perversión”.

De esta manera, se puede entender la repulsión a la identidad y la corporalidad trans de parte de los hombres que defienden su masculinidad, incluso para quienes se conciben como homosexuales, como fue posible observar en el caso de Liliana. Para quienes se conciben como heterosexuales, tienen además la presión de no ser encasillados como homosexuales, por lo que relacionarse afectivamente con una trans se torna problemático debido a que siguen viéndolas como hombres, lo que los llevaría a pensar que allí actúa un deseo homosexual.

De hecho, Daniela (24) señala que la explicación que le dan muchos hombres para no sacarla a bailar en una disco es porque dicen no ser homosexuales:

“Me pasa mucho que el argumento que usan los hombres heterosexuales para no sacarme a bailar en una disco y, en definitiva, para no meterse conmigo, es porque dicen no ser homosexuales. Es decir, me siguen leyendo como un hombre, ya que me dan esa explicación sin que yo se las pida y casi como disculpándose porque me demuestran, con su lenguaje kinésico, que sí tienen ganas de bailar y estar conmigo. Pero, finalmente, esa visión reducida del género y la sexualidad se termina interponiendo y les prohíbe seguir adelante con su deseo, aunque efectivamente exista ese deseo circulando. Y otros que se atreven, tienen a la patrulla de amigos, e incluso amigas, que vienen a rescatarlos de esta monstruosidad “porque es hombre, hueón”. Por tanto, creerán que al meterse conmigo se volverán gais, lo que no se pueden permitir ya que una de las formas de defender su masculinidad heterosexual es rechazando y repudiando todo lo que los acerque a una experiencia homosexual”.

O como cuenta Patricio (28), quien también confiesa ser del gusto de hombres heterosexuales: “Miran, miran, pero no se animan”.

Así, las palabras de Daniela y Patricio cobran sentido si consideramos lo postulado por Butler, cuando habla del repudio del deseo homosexual, el cual actúa como un ideal regulador al establecer lo que está dentro del marco de lo deseable y de lo no deseable, aspecto que termina quedando codificado en el ideal del yo (Coll-Planas, 2010).

En el caso del hombre, específicamente, sucede lo siguiente:

“(…) el deseo de lo femenino está marcado por ese repudio: el hombre desea a la mujer que nunca querría ser. Ni muerto querría ser ella: por consiguiente, la desea. Ella es su identificación repudiada (un repudio que él sustenta como identificación y, a la vez, como objeto de su deseo). Una de las finalidades más angustiosas de su deseo será desarrollar las diferencias entre él y ella, y hará lo posible por descubrir e instaurar pruebas de esas diferencias. Su deseo estará habitado por un terror a ser aquello mismo que desea y, por tanto, su deseo será siempre también una especie de terror” (Coll-Planas, 2010 p. 152).

Sin embargo, aparece también una forma de reducir la tensión que generan las trans femeninas en los hombres. Este sería el caso de la trans que adscribe a la imagen de la mujer heteronormada, como lo declara Francisca (26):

**“E: ¿A qué atribuyes a...? Porque se atreven a abordarte, ¿o no?”**

F: Sí.

**E: Ya.**

F: Lo que pasa es que ven a una mina. Ven...para ellos como normal. Ahora cuando ellos ya se ven involucrados sentimentalmente, ahí toman como otra actitud, pero al principio es como que abordan a cualquier mujer.

**E: Ya, perfecto (...). La reacción, bueno, de los hombres heteros en general contigo, por lo que me dices, deduzco que es de atracción o parten de la curiosidad. Bueno, me decías que ven a una mina así que no tienen rollo en llegar y acercarse y abordarte, ¿cierto?”**

F: Claro”.

No obstante, cuando se dan cuenta que no es la mujer que ellos esperan, “toman otra actitud”, por lo que lo trans se sigue interponiendo como barrera que dificulta el establecimiento de una relación amorosa. De esta forma, el mercado amoroso se ve más reducido para las identidades trans, especialmente para las que hacen el tránsito de lo masculino a lo femenino.

Sin ir más lejos, estas diferencias en el ámbito sexo-afectivo se hacen presentes en un estudio aplicado en adolescentes holandeses, en una población que contempla 137 adolescentes trans (60 trans femeninas y 77 trans masculinos) y cuyos resultados se compararon con los datos de un estudio holandés de población general aplicado en 8.520 jóvenes de la misma edad. El estudio arroja que los adolescentes trans masculinos tienen más experiencias sexuales que las adolescentes trans femeninas. Sin embargo, en relación a la población general, los y las adolescentes trans tienen menos experiencias sexuales y románticas (Bunger, Steensma, Cohen-Kettenis & de Vries, 2017).

Ante esta desventaja en la cancha del amor, las trans entrevistadas adoptaron distintas posturas. Liliana (27), por ejemplo, a través de un acto consciente, renuncia a la idea del amor romántico, aunque sin desconocer que por momentos el deseo puede surgir debido a la influencia del contexto social que, a través de distintas instituciones como la televisión y la radio, vuelve deseable esa alternativa:

**“E: ¿Buscas tener algún tipo de pareja?, ¿te gusta a ti estar acompañada o no?”**

L: La verdad, no tengo esa costumbre entonces para mí es súper prescindible.

**E: El no tener la costumbre, ¿conlleva a que no lo busques, o no necesariamente?”**

L: Yo paré de buscar.

**E: ¿No surge el deseo en ningún momento?”**

L: Surge porque está la tele, porque está la radio. Sales de tu casa y tienes un letrero que te habla sobre las relaciones. Mañana es 14 de febrero, digo, pasan cosas a veces. (...) Yo renuncié a eso, al amor romántico, al concepto por tanto de pareja, yo renuncié a todo eso”.

O Daniela (24), que prefiere no proyectarse al respecto ya que sabe que es un ámbito de realización que no depende de ella; no está en sus manos elegir si estar en pareja o no dado que, hasta el momento, por más que lo ha deseado en algunas ocasiones, se le sigue negando. Por este motivo, decide seguir transitando sin muchas expectativas:

“Ya trato de no buscar porque, aunque lo haga, aunque lo desee, no es algo que dependa de mí. En mí no se aplica el pensamiento mágico del poder de la mente (ríe), porque pucha que lo he deseado y decretado como te dicen muchos que lo hagas, pero finalmente no se traduce en nada. Si yo con 24 años nunca he pololeado, así que no puedo proyectarme al respecto. Si me preguntas cómo veo mi futuro en ese ámbito, no sabría qué responder, por lo que prefiero seguir transitando no más, explorando”.

De esta manera, la negación del amor las lleva a replantearse su posición al respecto y a cuestionar esta misma idea del amor romántico, ante lo cual pueden tomar distintas posturas como hemos visto.

### **III. Conclusión**

Con base en lo expuesto hasta aquí, ha sido posible observar que la manera de concebir y vivir la soltería, así como el hecho de enfrentarse al amor romántico, no solo es producto de la psiquis de las personas, de su mundo interior e individualidad, sino que también responde a un contexto social, histórico, cultural, político y simbólico. Lo que anterior, es especialmente visible en el caso de las identidades trans, puesto que la soltería para esta población se presenta más como una condición que como una alternativa. El hecho de que no estén en las mismas condiciones para elegir se debe a que socialmente han sido excluidas de la dinámica del amor de pareja.

Por este motivo, las prácticas y resultados en la esfera amorosa están directamente relacionadas con la estructura social. En consecuencia, no es factible separar la vida privada del ámbito público. Además, se suma una mayor complejidad para las personas que desafían la masculinidad heterosexual, como es el caso de las trans femeninas. Esto, a través de lo que Butler (2001) denomina como mecanismos psíquicos del poder que llevarían a un rechazo de la homosexualidad desde el deseo

inconsciente. Y hablamos de deseo homosexual porque los hombres que experimentan una atracción por una persona trans femenina, suelen leerlas como hombres, por lo que consideran que, si se relacionan con una de ellas, actuaría un deseo homosexual que tensionaría su identidad. Lo anterior, tiene como consecuencia que en muchos casos sean reducidas al fetiche sexual, dificultándoles o, derechamente, negándoles la posibilidad de encajar en el ideal de amor romántico.

Sin embargo, esto no quiere decir que los trans masculinos no se enfrenten a dificultades por el hecho de ser trans, sino que, más bien, la intención de este ensayo ha sido establecer que no es exactamente lo mismo ser trans masculino que trans femenina. Pese a que pueden compartir experiencias en común, difieren en ámbitos como en el amoroso y sexual debido al lugar que ocupa lo masculino y lo femenino dentro de la sociedad. Estos serían lugares diferenciados en términos socioculturales, donde la feminidad estaría por debajo de la masculinidad y la primera sería una amenaza para la segunda.

Ello se acentúa cuando es vivida por una corporalidad que se la ha designado la masculinidad basada en la genitalidad presentada al nacer. Lo anterior, provoca una mayor repulsión afectiva hacia aquella persona que osa abandonar la masculinidad que se le ha impuesto para transitar a la feminidad y cuyo objeto de deseo son los hombres. Finalmente, podemos concluir que en el mercado del amor se compite en desigualdad de condiciones, por lo que el amor no es universal debido a que, la forma romántica de concebirlo, no está dirigida a todas las identidades.

## Referencias

- Alegre, V. (2017). De qué hablamos cuando hablamos de amor trans. Recuperado el 08/02/2018 de: <https://www.infobae.com/sociedad/2017/10/21/de-que-hablamos-cuando-hablamos-de-amor-trans/>
- Bauman, Z. (2005). Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Berredo, L. (2011). Dificultades administrativas enfrentadas por las personas trans en la región Metropolitana de Chile (tesis pregrado). Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, Chile.
- Boltanski, C. & Thénevot, L. (2006). On Justification: Economies of Worth. Princeton, Princeton University Press.
- Bunger, S., Steensma, T., Cohen-Kettenis, P. & de Vries, A. (2017). Sexual and Romantic Experiences of Transgender Youth Before Gender-Affirmative Treatment. SCHOOL PSYCHOLOGY INTERNATIONAL.
- Carrascosa, S. (2012) El amor es heterosexual. Recuperado el 14 de junio de 2015 en: <https://lasdisidentes.com/2012/04/19/el-amor-es-heterosexual/>
- Casanova, P. (2016). Programas de salud para las personas transgénero en Chile: Una mirada desde las experiencias y los significados elaborados por cuatro de sus usuarios y usuarias en el sistema público y privado (tesis de maestría). Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile.
- Centro de Derechos Humanos UDP. (2015). Informe Anual sobre Derechos Humanos en Chile 2015. Santiago: Centro de Derechos Humanos UDP.
- Coll-Planas, G. (2010). La voluntad y el deseo. España: Editorial EGALES.
- Giddens, A. (1992). La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas. Madrid: Alianza Editorial.
- González, Gil. (2017). ¿Qué es el amor para las personas trans? Recuperado el 08/02/2018 de :[https://www.vice.com/es\\_co/article/wnne5z/que-es-el-amor-para-las-personas-trans](https://www.vice.com/es_co/article/wnne5z/que-es-el-amor-para-las-personas-trans)
- Illouz, E. (2010). La salvación del alma moderna: Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda. Madrid: Katz Editores.
- Illouz, E. (2012). ¿Por qué duele el amor? Buenos Aires: Katz Editores.
- Illouz, E. en Amiguet, L. (2016). El valor de la fidelidad en la pareja está fuera de mercado. Recuperado el 17/07/2017, de: <http://www.lavanguardia.com/lacontra/20160317/40487818237/el-valor-de-la-fidelidad-en-la-pareja-esta-fuera-de-mercado.html>

- Jerez, A. (2017). Gay viejo, gay pobre: La soledad trasnochada de los desheredados. Recuperado el 17/07/2017, de: [eldesconcierto.cl](http://www.eldesconcierto.cl) Sitio web: <http://www.eldesconcierto.cl/2017/06/12/gay-viejo-gay-pobre-la-soledad-trasnochada-de-los-desheredados/>
- Lemebel, P. (2004). Adiós Mariquita Linda. Santiago, Chile: Señales.
- Lemebel, P. (2001). Tengo miedo torero. Santiago: Seix Barral.
- Missé, M. & Coll-Planas, G. (2010). El género desordenado. Críticas en torno a la patologización de la transexualidad. Barcelona, Madrid: Egales.
- MOVILH. (2016). XV Informe Anual de Derechos Humanos. Santiago: Movilh.
- Olea, C. & Saavedra, D. (2016). Retóricas de la soltería. (Tesis pregrado). Universidad Diego Portales.
- Silvestri, L. (2013). Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones libres y alegres. Argentina: Milena Caserola.
- Simonetti, P. (2005). Vidas Vulnerables. Santiago. Chile: Planeta.
- Weeks, J. (1998). La invención de la sexualidad. En: Weeks, Jeffrey, Sexualidad, Madrid: Paidós.